

Mistral, Jorge

(Modesto Llosas Rosell, Aldaia, 1920 – México DF, 1972)

Actor, director y guionista

Este actor valenciano ha sido sin duda uno de los galanes más significativos de la historia del cine español. Su indiscutible atractivo físico, su calidad interpretativa y la proyección que le dio el hecho de pertenecer al *star system* de la compañía CIFESA lo convirtieron en astro internacional durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, especialmente en el mercado de habla hispana, quizá el único que, en su registro de galán, pudo equipararse a los mejores del cine estadounidense de su época. Nacido en Valencia de madre catalana y padre portorriqueño, toma la sabia decisión de abandonar sus estudios de Derecho para dedicarse a la interpretación, iniciándose en el mundo del teatro al ingresar en la compañía de Enrique Borrás. Aunque de estatura modesta, su marcada personalidad, la evidente belleza de su rostro, la fonogenia de su voz y su perfecta dicción hicieron de él un actor especialmente querido, que se adaptó a todo tipo de películas, aunque destaca especialmente en el género melodramático. Si el melodrama de aventuras *La gitana y el rey* (Manuel Ben-go, 1945) sirve para que demuestre su versatilidad interpretando dos personajes, *Misión blanca* (Juan de Orduña, 1946) lo une, sin desmerecer en su labor, a un reparto de astros como Julio Peña y Manuel Luna en uno de los films más exitosos del nacionalismo colonial español. *Locura de amor* (Juan de Orduña, 1948) es no solo uno de los mejores vehículos de lucimiento de Jorge Mistral, sino también un extraordinario éxito comercial y un film emblemático que asienta el modelo de cine histórico bajo la dictadura franquista. Con esta superproducción de cuatro millones de pesetas, CIFESA presenta un melodrama histórico, romántico, grandilocuente y nacionalista que consagra a Aurora Bautista como estrella cinematográfica, junto a un lujoso reparto en el que destacan Fernando Rey, Juan Espantaleón, Manuel Luna y una jovencísima Sara Montiel. La excelente fotografía de José F. Aguayo y los impresionantes decorados de Sigfrido Burmann crean la atmósfera adecuada para el lucimiento de un reparto de tal prestigio que hace más meritoria si cabe su labor interpretando a don Álvar, fiel capitán enamorado secretamente de su reina doña Juana la Loca, y enfrentado sin quererlo al manipulable rey don Felipe el Hermoso. El porte, la voz y la gestualidad de Mistral son tan eficaces que nos hacen olvidar (o perdonar) la torpeza de su esgrima en el duelo final. La química del actor con Sara Montiel es evidente. Por otro lado, Mistral supo mostrar una personalidad sufi-

cientemente sólida como para no ser eclipsada en una película de carácter coral en la que todos los personajes guardan pareja importancia. *Botón de ancla* (Ramón Torrado, 1947) es otro de los grandes éxitos del cine español de los años cuarenta, hasta el punto de sufrir –nunca mejor dicho– un *remake* en 1960. El film sigue la línea promilitarista vigente en esa década y que pasa de moda en la siguiente. A pesar del tono apologético y patriótico, su carácter de comedia y la evidente química y prestigio del trío protagonista hizo de la película un hito comercial. Jorge Mistral interpreta a un estudiante de la Escuela Naval Militar, amigo inseparable de sus dos compañeros, encarnados por Fernando Fernán Gómez y Antonio Casal. Frente a la especialidad de estos últimos en el género de la comedia, Mistral adopta el papel de galán seductor, simpático sinvergüenza con pocos escrúpulos que, no obstante, acaba redimiéndose al final del relato. El contraste en la tipología de los personajes funciona a la perfección, y su emparejamiento con la actriz Isabel de Pomés crea una de las parejas más fotogénicas de la historia del cine español. Con este film Mistral refuerza más si cabe su estatus de astro cinematográfico, en un curioso e inesperado precedente de lo que el cine estadounidense haría décadas después con *Oficial y caballero* (*An Officer and a Gentleman*, Taylor Hackford, 1982). Al año siguiente coprotagoniza *Currito de la Cruz* (Luis Lucia, 1948), una clara apología del toreo propia de un género muy popular en otros tiempos. Tercera de las cuatro adaptaciones existentes de la novela homónima de Alejandro Pérez Lugín, la película se erige sobre el tópico argumental del joven modesto convertido en héroe de los ruedos. Jorge Mistral encarna en ella a Romerita, el personaje antagonista, sobre quien descansa, sin embargo, el interés melodramático del relato. Torero seductor de mujeres y celoso de la fama ajena, Romerita se convierte en competidor de Currito en la arena y en el terreno amoroso. En este sentido resulta revelador comprobar que el papel secundario de Mistral se hace, no obstante, fundamental para sostener la trama de amor, sin la cual la película quedaría coja en un sentido comercial. Y es que, a pesar de la veteranía de actores como Manuel Luna y Juan Espantaleón, o de la comicidad de un joven Tony Leblanc, el film requería el carisma de un actor como Mistral para compensar la falta de profesionalidad dramática del torero Pepín Martín Vázquez, encargado de interpretar al protagonista. En 1949 Mistral contrae ma-

trrimonio con la mexicana María Cristina Ruiz, y al año siguiente protagoniza *Pequeñeces* (Juan de Orduña, 1950), película producida por CIFESA que demuestra hasta qué punto llega la fama del actor, concediéndole encabezar el reparto junto a Aurora Bautista, a pesar de que su personaje tenía una presencia bastante limitada en el metraje del film: su aparición se retrasa bastante y su asesinato acontece antes de iniciarse el último tercio de la película. El carisma del actor compensa, sin embargo, la brevedad del papel. Planteada como una superproducción —cuatro millones de pesetas de la época—, *Pequeñeces* es un melodrama romántico de fuerte intención moral —no en vano adapta una novela del sacerdote Luis Coloma—, ambientado históricamente en la convulsa España del reinado de Amadeo de Saboya. Mistral es Jacobo, un oportunista seductor envuelto en conspiraciones políticas y amante de su prima Currita (Aurora Bautista), *femme fatale* decimonónica en toda regla, generadora directa o indirecta de todas las desgracias acontecidas durante el relato. La relativa importancia argumental del personaje queda compensada, sin embargo, por su atractiva presencia, aderezada en esta ocasión por un recurso usado por muchos actores —de Ronald Colman a Laurence Olivier, pasando por Errol Flynn— para realzar, más si cabe, su atractivo: un fino bigote que otorga madurez y personalidad mundana a su personaje. A estas alturas de su carrera, queda clara la especialización de Jorge Mistral en galanes altaneros, algo o bastante canallas que, sin embargo, despiertan la simpatía del público y cuya redención viene casi siempre asegurada, aunque en concordancia con el obligado final compensatorio propio del cine clásico. La celeberrima novela *Cumbres borrascosas* (*Wuthering Heights*, 1847), de la escritora británica Emily Brontë, tuvo en *Abismos de pasión* (Luis Buñuel, 1953) su más lograda adaptación cinematográfica y en Jorge Mistral a su mejor Heathcliff, con quien el actor valenciano logra su más interesante interpretación en el cine mexicano. Aunque el film se toma notables libertades con respecto a la letra de la novela, es un fiel reflejo de su espíritu romántico. El guion de Luis Buñuel, Julio Alejandro y Arduino Maiuri adapta en realidad la segunda mitad de la novela, para empezar con el vengativo regreso de Heathcliff —aquí llamado Alejandro— en busca de Catalina (Irasema

Dilián). Aunque el film traslada la acción a México, el ambiente romántico queda asegurado gracias a las localizaciones, la fotografía y el acertado uso de los elementos atmosféricos. La banda sonora musical adapta la ópera *Tristán e Isolda*, de Richard Wagner, que aquí, más que en ninguna otra película de Buñuel, cuadra perfectamente con el argumento y su tono, fundiendo así las dos historias de amor romántico más intensas de la cultura occidental. Mistral interpreta a la perfección la virilidad salvaje de Alejandro, la pasión violenta propia de quien lleva el demonio en el cuerpo y siente en su fuero interno que el verdadero Amor es fusión con el Otro, y la muerte el rito de paso que lo hace posible. La poderosa e intensa mirada de Mistral proyecta la amenaza de la agresividad que su cuerpo intenta a menudo contener, y los besos-mordisco de Alejandro a la desdichada Isabel se asemejan a los del vampiro, lo que no es de extrañar en un relato donde lo sobrenatural acecha constantemente. El último encuentro en vida entre Catalina y Alejandro es tan intenso y emocionante como la posterior y postrera cita necrófila. Buñuel supo extraer, de la interpretación de Jorge Mistral e Irasema Dilián la cualidad alquímica del Doble en el que las fronteras entre lo masculino y lo femenino se difuminan, porque dos acaban siendo uno. La total integración de Mistral en el estrellato se prolonga hasta el final de su carrera, como demuestran, incluso, obras menores como *La venganza* (Juan Antonio Bardem, 1958), donde el valenciano comparte protagonismo con estrellas internacionales como Carmen Sevilla o Raf Vallone. Su fama y su traslado a América le permiten trabajar, además de en España, en Cuba, Argentina y México como actor de teatro, cine y televisión. Su ambición e inquietud artística lo llevan a probar otros oficios cinematográficos, ejerciendo como director en *La fiebre del deseo* (1966), y como director y guionista en *La piel desnuda* (1966) y *Crímen sin olvido* (1968). Por desgracia, una atribulada vida sentimental, los constantes problemas económicos y una vejez prematura lo conduce, probablemente, al suicidio en 1972, dejando para la posteridad una de las carreras interpretativas más sólidas de la historia del cine español.

Carlos Cuéllar